

CARTAS DE HOMBRES

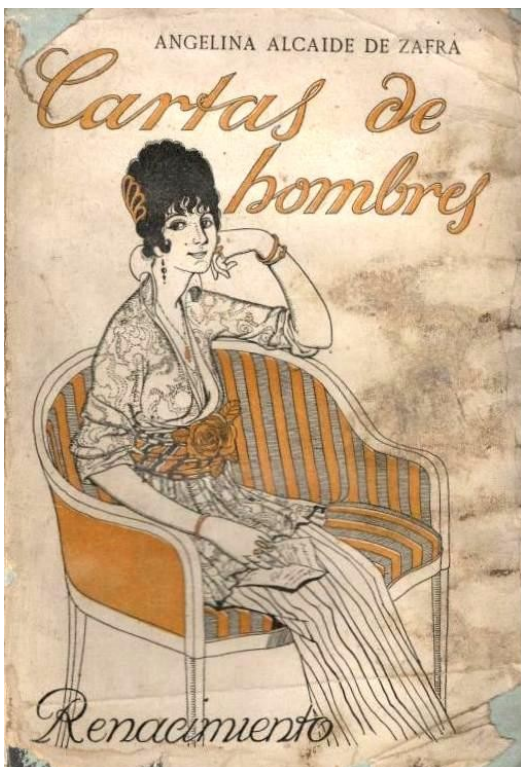
Por Francisco Valdés Nicolau

Su nombre bien a las claras lo da a entender. Se trata de un libro integrado por cartas de hombres. Su autor, una linda escritora que se llama Angelina Alcaide de Zafra, que cuenta veinte primaveras, nacida al pie de la Giralda. La visitamos no hará un par de semanas; encantados de su visita. Es su charla alegre, pimpante, de simpatía y cordialidad, tal como su figura, aunque a esta última hay que agregarla una palabra: gentileza. Gracia andaluza de pura cepa, y no de esa que tan pródiga en falsificación corre por el mundo y mundanismo cortesano se matrimoniaron en la lozanía de sus veinte primaveras.



En España sufre cierta depreciación la profesión literaria, principalmente en lo que se refiere a la mujer. Culpa de ello es nuestra absoluta ineducación espiritual. La mayor parte del público cree que la literata es una señora soltera, huraña, hombruna, fea, vieja, con gafas y llena de pedantería y verrugas. Algo así como una sufragista inglesa, o una institutriz alemana, o una estudiante rusa, o una artista judía. Esta es una equivocada creencia que es preciso desterrar. Angelina Alcaide de Zafra, que gusta de hacer pinitos literarios en los ratos que la dejan holgada los perfumes, los retratos, los novios, las visitas, los paseos, los teatros y todas esas cosillas más que ocupan a las mujeres españolas, es escritora y no tiene nada de vieja, de fea, de hombruna, de pedantesca, de gasta gafas, sino unos impertinentes *chic*, como los que gasta la Fornarina. Bien es verdad que esto de la literatura lo toma ella por puro capricho y distracción, así como pudiera haberse dado al juego del billar o a montar a caballo.

Cuando tenía tres años menos compuso una novela movida, interesante, que se llama "La tontería de mi gato". Y ahora hace pocos días ha salido su segundo y último libro que lleva el mismo título que esta crónica. ¿Cómo le dio a esta muchacha frívola y mundana por escribir? El ambiente de su casa respiraba literatura. El papá profesor, en Sevilla, de Lengua latina, era un antecedente. Salió un hijo poeta, salió una hermana literata, salió otra hermana pintora. Angelina, la más pequeña, se educa en este ambiente de poesía. Se aficionó a la lectura de novelas. Palacio Valdés, la condesa de Pardo Bazán, Alfonso Daudet con sus relatos novelescos, Salvador Rueda con sus versos sonoros y brillantes, y Benavente con sus comedias afrancesadas fueron sus admirados. De aquellas lecturas le llegó la afición a escribir, como también de tocar o que tan a la vista tenía: sus hermanos-artistas. El caso es que, burla burlando, compuso su novela "La tontería de mi gato". Luego, después de haber obtenido un halagüeño éxito de Prensa y público, formó sus proyectitos de escritora formal. Pero bien pronto se vinieron abajo. La muerte se encargó de ello; la muerte que se llevó a una hermana suya a quien quería entrañablemente. Y ella, efecto del dolor moral, del sufrimiento, también enfermó y durante un año estuvo abrazada a la Intrusa. Una vez restablecida empezó a escribir cartas, cartas de hombres, acaso por llevar la contraria a Benavente que escribió cartas de mujeres.



Total, venía a ser uno y lo mismo, solamente que se invirtieron los términos. ¿Cómo son las cartas de hombres? Esta pregunta es del repertorio, infinito, de Pero Grullo. Porque, ¡claro está!, la pregunta se hace a los hombres simplemente, exclusivamente. Y si fuéramos

sinceros diríamos que las cartas de hombres –la mayoría– carecen de interés y les sobra vulgaridad. El promedio de los hombres al tratar cualesquiera asunto –amoroso, interesado, político, etc.–, se conducen con una perfecta vulgaridad, aunque, ciertamente, esta vulgaridad, a veces es inherente a la índole del asunto epistolar en cuestión. Pero viene la literatura, viene una mujer, viene el amor, y estos tres elementos combinados con las epístolas pueden dar de sí una obra interesante.

Añádase a esto ciertos tildes de ironía y gracia y desenfado y mundanismo y se tendrá explicado el interés de “Cartas de hombres” que escribió Angelina Alcaide de Zafra.

Las hay regocijantes, sumamente agradables. Las hay irónicas, y éstas son las más; no en balde su maestro se llama Jacinto Benavente; las hay desenfadas hasta llegar a asustar, seguramente, a una hija del Corazón de María. Este desenfado es perdonable en gracia de la gracia. El polo opuesto es la ñoñería, de la que hay que huir como del demonio. Pero existe un término medio que es la fina ironía, que tan maravillosamente sabe manejar Anatole France, de la cual no ha usado la señorita Alcaide de Zafra, a pesar de ser éste su autor preferido.

Yo no sé cómo serán las obras que de aquí en adelante escriba Angelina Alcaide de Zafra. Puedo afirmar que las que hasta aquí lleva escritas son... como son: irónicas, sueltas, agradables, desenfadas, tal como salen al correr de la pluma; que es bastante ser cuando la meditación está ausente de los escritores.

(*Correo de la mañana*. Año II. Número 499. 13/07/1915. Página 2)